

## Los ingleses de Sudamérica

■ Cada vez que queremos alardear de nuestras cualidades nacionales, salen a relucir, de inmediato, nuestra sobriedad, nuestra mesura y nuestro buen gusto, para terminar afirmando muy seriamente que somos los ingleses de Sudamérica, pero los ingleses de antes, claro está.

En virtud de estas cualidades, tachamos con el peyorativo término de "tropicalismo" todo cuanto nos parece que peca de exceso, que abulta las proporciones y exhibe exageración.

No es éste un convencimiento nuevo de los chilenos sobre sus cualidades. Ya en los albores de nuestra vida independiente, Fray Camilo Henríquez en vibrantes versos definía esta condición nacional:

"Se dice que se incendia  
o se inunda el universo,  
el chileno es siempre el mismo  
siempre imperturbable y sereno".

La sobriedad, la mesura y el buen gusto chileno, me parecen a mí, sin embargo, la otra cara de una de nuestras limitaciones: un tremendo miedo al ridículo. Por no caer en el ridículo, preferimos quedarnos en una medianía que es una zona sin riesgo a buen resguardo. Decía Napoleón que de lo sublime al ridículo no hay sino un paso y en nuestro horror al ridículo, solemos evitar lo sublime.

Demos un vistazo a nuestras manifestaciones artísticas. La plástica chilena se caracteriza por el uso de colores apagados. No se ven en los cuadros de nuestros pintores los rojos, azules y verdes fuertes que uno observa en los pintores argentinos, venezolanos o colombianos. Diríase que tienen miedo de usarlos, que temen ser acusados de excederse, de caer en el ridículo. Y así, nuestra plástica marcha varios pasos más atrás que la de otros países con un movimiento cultural más incipiente que el nuestro.

Nuestra novela no se queda atrás en sobriedad. El realismo es su estilo clave. Nada hay entre nosotros que se acerque a la desbordada imaginación de un García Márquez, al preciosismo estilístico de

un Carlos Fuentes. Nuestros novelistas parecen temer "salirse de madre" y al no hacerlo parece improbable que alguna vez lleguen a cumbres semejantes a las de "Cien años de soledad", que es una gran salida de madre, una tremenda exhibición de falta de mesura, que pudo ser ridícula si no existiera el genio de por medio y la audacia de atreverse.

Si hasta nuestra naturaleza pareciera tener miedo a los desbordes que llevan al ridículo. Por "loca" que ella sea según la feliz expresión de Benjamín Subercaseaux, cada parte de ella forma un todo armónico, bien compuesto, pero sin desbordes. Piénsese en el típico paisaje rural de la zona central, con su sauce llorón, su esterito, su campo de un discreto verdor, tan diferente a la exuberancia multicolor de los paisajes de Brasil, Perú o Venezuela. Y cuando al norte y al sur, se llega al desierto desolado o a la pampa extensa, lo que nos sobrecoge es justamente la sobriedad del paisaje, no interrumpida por ningún exabrupto.

Ahí están las raíces de nuestro "buen gusto", de nuestra "sobriedad", de nuestra "mesura" y también de nuestro miedo al ridículo, porque un chileno que presencia una puesta de sol en un país tropical, con sus violentos colores, no puede menos que tener la sensación que la naturaleza, ahí, se ha puesto cursi, de mal gusto, ridícula y añoramos las pálidas tonalidades del cielo cuando el sol se oculta en el Pacífico.

Somos así y nos gusta ser así. Por serlo hemos mantenido un equilibrio que, cuando se ha roto, instamos con urgencia en restablecerlo. En esa mesura y en esa sobriedad está nuestra fortaleza. Pero, por su contrapartida, por el miedo al ridículo, no alcanzamos a cumbres sublimes.

Sí, claro, pero somos los ingleses de Sudamérica. Los ingleses de antes, se entiende, no los chascones de ahora.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA